

A high-contrast, black and white profile photograph of a woman's face, looking downwards. Her hair is pulled back into a bun. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her face against a dark background.

MI
CASA
EN
LLAMAS

SOFÍA ROS
MI CASA EN LLAMAS



ESPASA  NARRATIVA

© Sofía Ros, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: © Kevin N. Murphy

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Por el fragmento de «Locuras», de Silvio Rodríguez
© cortesía de Ojalá, S. L.
Por la reproducción de «Podría ser peor», de Guillermo Vilella Falgueras,
La Casa Azul © cortesía de Elefant Publishing, S. L.

Depósito legal: B. 21.362-2018
ISBN: 978-84-670-5322-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Por las mañanas Adam tardaba dos horas en convertirse en Adam. Yo, medio segundo. Me despertaba de golpe con el click que hacía mi antigua alarma justo antes de ponerse a sonar y saltaba fuera de la cama, impulsada por pensamientos. Mermelada. Blusa nueva. Hoy veo a Jenni. Me lavaba la cara, me preparaba el desayuno y me sentaba junto a él con el plato sobre el colchón para observar su despertar a cámara lenta.

Adam dormía como si tuviera la cama encima y no debajo. Los brazos extendidos más arriba de la cabeza, los labios carnosos aplastados contra la almohada y las piernas congeladas en un movimiento de escape. A él la alarma no le servía de nada, una pequeña parte de su cerebro se mantenía en vilo dedicada exclusivamente a apagarla. Incluso caminaba mal cuando tenía que ir al baño porque no aguantaba más. Se incorporaba y, con los ojos aún cerrados, avanzaba por el pasillo extrañado por la proximidad de las paredes. Como si hubiera aprendido a andar aquel día. Y tiritaba, tiritaba mucho, aunque fuera pleno agosto. Solo era friolero cuando no estaba despierto.

A pesar de todo, yo le hablaba. Adam, mi madre me ha mandado un mensaje, ya han podado los árboles de enfrente de su casa de la playa. Le ponía el móvil en la cara porque, aunque le veía un poco dormido, pensaba que le

gustaría saberlo, siempre comentaba que era una pena que las sabinas impidieran ver el agua, solo unos metros más allá. ¿Adam? ¿Has visto, Adam? Y él murmuraba palabras sin sentido en este planeta.

Eso me ponía tan de mal humor como saludar a un vecino y que no me contestara, y así lo sentí durante un tiempo, hasta que le encontré la gracia y dejé de contarle cosas importantes antes de mediodía. También él hizo concesiones, está claro, yo tengo una aversión ludita al aire acondicionado, uno de sus inventos favoritos, y casi todas las noches doy patadas de potro a causa del extraño síndrome de las piernas inquietas que afecta a las mujeres de mi familia.

Ese sábado se levantó a la hora de comer, como todos los fines de semana. Cuando finalmente consiguió librarse de las sábanas, le enseñé la lista de la compra para que diera su visto bueno. A las once venían amigos y habíamos pensado preparar cuatro tonterías para picar y un cóctel inventado. Nos gustaba mucho cocinar, pero a diferencia de mí, él no tenía suficiente con hacerlo en casa. Trabajaba como cocinero en el turno de noche de un restaurante del centro.

Cuando íbamos al supermercado, saltaba a la vista lo mucho que nos entendíamos. No hacía falta que habláramos demasiado para sincronizarnos. Nos separábamos, cada uno por su lado; a él le gustaba escoger las proteínas y a mí las verduras y el alcohol. Adam se movía con rapidez y excitación por los pasillos, con los pantalones algo caídos y los brazos por delante del cuerpo, pulsando el aire con los dedos. Tenía un andar cómico de niño hiperactivo, impulsivo e intenso. Sin duda, en la prehistoria él fue cazador y yo recolectora, aunque a Adam se lo habría cargado un bisonte cada mañana.

Me mandó una foto mientras escogía aguacates. Me la había tomado escondido tras el estante de los frutos secos,

después de escribirme que le sabía mal, pero que había visto a la mujer de sus sueños en la frutería. Le encontré hablando animadamente con una señora mayor en la cola frente a la pescadería y me detuve para observarle un rato desde fuera, eso siempre renovaba mis sentimientos por él.

¿No le da pena cómo mueve las antenas esa langosta? Está agonizando, le dijo Adam a la señora. Ay, sí, hijo, tengo el corazón en un puño. Me parecía tan sensual que supiera diferenciar una tilapia de una perca como que las personas le dieran tan poco miedo. Señor pescadero, por favor, mate de un golpe seco a este pobre bicho, que mi amiga y yo estamos sufriendo muchísimo. La señora estalló en una carcajada, se apoyó con timidez en el brazo de Adam y él le acercó la cabeza melodramáticamente contra su pecho. Qué alto era. No mire, no mire, pronto se habrá terminado.

Por la noche, con la casa llena de gente, se lo conté a nuestros amigos. Todos se reían mucho con él. Fue espe-luznante, dijo Adam con gravedad exagerada, porque yo sabía que como buen cocinero no le importaba lo más mínimo que la comida le llegara aún viva a la cocina. ¿Sí?, le pregunté con incredulidad. Como ver morir a Sebastián de *La Sirenita* cantando *Bajo el mar*. Y cantó. Qué mal lo hacía. A otro le habría dado vergüenza entonar mal o aceptar que nunca le dejaron de gustar las películas de Disney, pero Adam se regodeaba en sus particularidades con una mezcla de inconsciencia y espectáculo. ¿Sebastián era la langosta?, preguntó Jenni, provocando la indignación de Adam. La langosta dice, ¡Sebastián es un cangrejo rojo y su canción ganó un Óscar en 1990!

Jenni y yo habíamos ido juntas al colegio, aunque la amistad no surgió hasta que dejamos de vernos por obligación todos los días. Nos fuimos encontrando en las cenas de exalumnos, a las que acudían cada vez menos asistentes, hasta que solo quedamos ella y yo. No nos parecíamos

en nada. Yo siempre llevaba encima un libro para cuando la realidad me aburriera; Jenni, unas pinzas para eliminar cualquier pelo que le saliera en las cejas. Yo podía identificar por lo menos veinte quesos, mientras que Jenni no distinguiría un pedazo de gruyere de un trozo de porexpán, debido a su anosmia, una especie de ceguera del olfato. Para mí todos los coches eran exactamente iguales, pero Jenni sabía a la perfección que la cilindrada es el volumen que desplaza el pistón entre el punto muerto inferior y el superior. Y entendía qué significaba eso. Conectábamos en un plano distinto, teníamos la convicción de habernos conocido en una vida anterior. La sabiduría de Jenni parecía haberse acumulado a lo largo de más años de los que había vivido.

También había venido el chico al que conocí un par de años antes en un bar de heavy metal y que me había presentado a Adam. ¿Dónde está la bebida, Sofía? Le ofrecí el cóctel caliente de ron con zumo de manzana, que había dejado reposar a fuego lento con vainilla, canela, clavo y cáscara de limón. El ron se añadía al final, para que no perdiera ni un grado de alcohol. Bastaba con oler el combinado para emborracharse, el vapor caliente del zumo, mezclado con el ron añejo, se abría camino por las fosas nasales justo antes de beber. Te gustará. Le gustó. Unas horas más tarde lo vomitaría todo junto a un árbol frente al portal de casa.

Ya tenemos bebida, dijo Laura, ¿jugamos a yo nunca? Ese juego de adolescentes desbocados al que nos resistíamos a renunciar los jóvenes adultos como nosotros, que nos creíamos ya maduros por llevar dos o tres años en el mundo laboral, consiste en preguntar algo que quien tiene la palabra no ha hecho nunca para que beban un sorbo los que sí lo han hecho. Nosotros, sin embargo, nos pasábamos por el forro la primera regla y quien hablaba normalmente confesaba algo que sí había hecho para presumir y emborracharse a partes iguales.

Siempre empezaba Laura haciendo la misma pregunta. Yo nunca me he metido un dedo en el culo y me lo he olido después. Y bebía con un extraño orgullo. A Laura la conocí el primer día de universidad. Subió en la misma parada de bus que yo y me fijé en ella porque llevaba una carpeta de mi facultad. Era muy blanca de piel y muy rubia, la raya de los ojos larga y perfectamente dibujada. Reconocí por las fugas de sus auriculares que escuchaba *Common People*, de Pulp, una de mis canciones favoritas. Tendrían que pasar seis o siete años hasta que la destrozáramos juntas en un karaoke. La peor elección del mundo, el *crescendo* final es imposible.

¿Vale si me lo he metido, pero no me lo he olido después? Claro que no, dijo Laura, igual que no se le puede llamar langosta al cangrejo Sebastián. Yo nunca he sido infiel, siguió la novia de Emma, que se llamaba Carol, o quizá Cristina. Emma y yo nos conocimos en un trabajo de verano. Tardó dos años en confesarme que era lesbiana, aunque lo había intuido el día que intentó enrollarse conmigo. Me hice la tonta. Era como un lord inglés: refinada, altiva y tradicional. Emma nunca le había puesto los cuernos a Carolistina, así que no bebió. Un año más tarde habría tenido que hacerlo.

Es mucho peor imaginar que te los ponen que hacerlo tú. ¿No pensáis que podríais tener un desliz y darle poca importancia, pero si le ocurriera a vuestra pareja lo consideraríais algo gravísimo? Era un desequilibrio contradictorio, pero yo lo sentía así. Podía imaginarme besando a alguien impulsada por un cariño repentino o la alineación de los astros y no darle demasiada importancia, a pesar de que para mí los besos son pequeños polvos. Pero pensar en Adam haciendo lo mismo me provocaba una metamorfosis a bicho bola que me llenaba de inseguridades obsesivas.

Podía entender mis impulsos de frivolidad y aventura, pero sería incapaz de aceptar lo mismo en él. El porqué me

intrigaba. Me pregunto, dijo Jenni, por qué ser infiel es hacerle daño a alguien si la supuesta víctima no ha participado en el suceso en sí mismo. Es lo que dejas de hacer con tu pareja, contestó Emma, y haces con otra persona. Pues tampoco, siguió Jenni, ese momento es solo de quienes están presentes. ¿Y no es ese el drama, que haya otros momentos con otras personas? Por eso no vale la pena contarlo, intervino Laura, no hace falta si no ha sido importante. Con eso yo no estaba de acuerdo. ¿Importante para quién? Dejemos que cada uno decida lo que es importante, dije, sería peor que no me lo contaran que el hecho de que hubiera ocurrido.

Mi hermano también estaba ahí, había estado muy callado. Le gustaba observar y el silencio jamás le resultaba incómodo. Era algo mayor que nosotros, pero disfrutaba de una segunda juventud después de haber vuelto de París, donde había vivido un año para superar una ruptura amorosa poniendo distancia. Yo no acepto la infidelidad bajo ningún concepto, dijo solemne, con las palmas de las manos unidas y los índices sobre los labios. Me decepciona que sea algo tan frecuente, añadió. En París se había dado de alta en una red de *couchsurfing*, donde ponía a disposición de las jóvenes viajeras el sofá de la tía Lucette. Todas las chicas con las que he estado tenían novio, nos contó. ¿Y no será que todas las mujeres con pareja que viajan solas y buscan alojamiento en casa de un hombre que vive solo esperan encontrar justamente eso?

Yo nunca me he enrollado con una persona de mi mismo sexo, lancé. El chico que me había presentado a Adam quiso aclarar el concepto. ¿Qué es enrollarse? ¿Darse besos? ¿Tocarse? ¿Follar? Lo aceptamos todo, a veces lo más inocente es lo más intenso. Anda ya, Sofía. El sexo adopta muchas formas, continué, siendo abucheada por el resto. Follar, Sofía, meter y sacar. Si te refieres a follar, solo beberán Emma y su novia. Yo nunca, nunca he probado cosas

con una persona de mi mismo sexo, reformulé. Además de ellas dos, bebimos Laura, Jenni y yo. Dejádme adivinar, dijo desafiante Carolistina mientras se secaba la boca con el reverso de la mano, os habéis besado entre vosotras, de fiesta, para calentar a los tíos... sin lengua, claro. ¡Con lengua!, gritó Laura. Sofía es la única chica a la que le he comido la boca, en una fiesta muy punky de San Valentín que montamos el primer año de universidad. ¿Te acuerdas? Sí, Laura, seguramente para calentar al personal, pero también para experimentar. Ya me estoy poniendo tonto, soltó Adam, que antes de conocerme se había besado con el chico que nos presentó, pero no bebió porque no le había gustado.

Yo nunca he hecho un trío, se animó Adam, dando un sorbo a su vaso ya casi vacío. Con unas compañeras del colegio, continuó rebosante de orgullo, cuando tenía quince años. Qué va, dije yo, que conocía la historia, durmieron en la misma cama y se rozaron los brazos porque era demasiado pequeña para los tres. ¡No! ¿No? No follamos, pero nos estuvimos manoseando y yo me corrí. Si no se corren todos, no es trío, sentenció Jenni. Pues yo sí que bebo, dijo el chico que nos había presentado, pero le obligamos a escupir el alcohol de vuelta en la copa para que antes nos contara su experiencia. Tampoco lo suyo lo consideramos un trío de verdad.

Yo nunca me liaría con alguien que esté aquí. Esa siempre salía y siempre terminábamos con ella. Bebimos todos y golpeamos la mesa con los vasos vacíos. Jenni propuso jugar a los dilemas. Qué preferirías, ¿pesar el doble o medir la mitad? ¿Vivir en la mejor casa del peor barrio o en la peor casa del mejor barrio? Y lo más importante, ¿preferirías comerte un bombón de chocolate con sabor a mierda o un bombón de mierda con sabor a chocolate? Nunca entenderé por qué todas las personas que responden a esa pregunta escogen sin dudar la segunda opción. En general, la

gente prefiere tener mierda entre los dientes y engañar a sus sentidos antes que descubrir a qué sabe la mierda comiendo chocolate.

Qué preferiríais, preguntó Laura, ¿follar con vuestra pareja cada día, pero verla follar cada mes con otro, o follar con ella solo dos veces al año? La mayoría de los chicos respondió que lo primero, a Adam incluso le ponía la idea. La mayoría de las chicas, lo segundo. Yo no sabía qué contestar. Me da pánico una vida sin sensualidad, dije, casi que prefiero pasarme al otro extremo. Esa es mi novia, susurró Adam al grupo, dando codazos de satisfacción. Parece imposible hasta que empezamos a tener parejas estables, continué. ¿No os pasa que cada vez hay que esforzarse más para no atontarse? Y si te acostumbras a follar solo una vez al mes, de repente han pasado tres y ni te has enterado, dijo Emma. Su novia bajó la mirada. A mí no me va a pasar, aseguré, alzando el puño al techo. Prefiero ver a Adam follar cada mes con otra. No sabes lo que dices, murmuró Carolistina. Siempre habrá mujeres dispuestas a satisfacer a vuestros novios hipersexuales, añadió Emma. Pero vamos a ver, no pude contenerme, ¿quién se ha inventado eso de que, a pesar de que nos tengamos que quitar a los tíos de encima toda la vida, cuando nos asentemos cambiarán las tornas y seremos unas pobres desgraciadas? Las mujeres envejecemos más rápido y peor, dijo la novia de Emma. Anda ya, y las canas les quedan bien a los hombres, como las arrugas de la experiencia, le respondí. Eso es. No, eso es marketing y estaba siendo irónica. Es una tontería sin sentido. Será una tontería, pero cuando tengas cuarenta no le vas a interesar a nadie y en cambio Adam tendrá que quitarse de encima a las de veinte, continuó Emma. Ojalá se le metiera un bicho bola por la nariz una noche. ¿Salimos?